

Domingo XVII. (C): “CUANDO ORÉIS, DECID: PADRE, SANTIFICADO SEA TU NOMBRE”

I. Felipe Fernández Caballero

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

III. Sagrada Congregación para el Clero

IV. Radio Vaticano

I. TEMA GENERAL

Jesús nos ha enseñado cómo hemos de orar. Su insistencia en las peticiones manifiesta que la tarea esencial de sus discípulos ha de ser de la de instaurar, ya en este mundo, el Reino de Dios; y, a la par, crea en nosotros la conciencia de mantenernos abiertos a la acción de Dios, que nos ha dado vida en Cristo al perdonar nuestros pecados.

LECTURAS

1. Abrahán intercede en favor de los suyos y Dios se muestra rico en misericordia

Génesis 18,20-32:

La confiada insistencia de Abrahán cuando intercede por las ciudades condenadas de Sodoma y Gomorra halló eco en la paciente condescendencia en Dios.

Esta lectura continúa a la primera del último domingo. Abrahán sabe que Dios va a juzgar a la corrupta ciudad de Sodoma; ahora bien, en ella habita su sobrino Lot y su familia, y por eso intercede con insistencia para que toda la ciudad se salve gracias a los justos que en ella se encuentren. Este hermoso relato enseña que a los ojos de Dios la misericordia es siempre lo más importante. Abrahán es mediador de la bendición para los otros. Su oración es poderosa (*Salmo 137*), pues no se apoya más que en la confianza en Dios. Más tarde, Jeremías comprenderá que bastaría un solo justo para que Jerusalén fuera salvada (5,1). En efecto, un día el Siervo Sufriente, él solo, «justificará a muchos» (Is 53,11).

El regateo de Abrahán se parece a la «pesadez» del amigo inoportuno de la parábola evangélica: los dos insisten porque tienen confianza y saben que serán escuchados por su amigo. Jesús ofrece un argumento aún más fuerte: el Padre no puede dar más que el Espíritu Santo a sus hijos. Eficacia de la oración de intercesión, con una audacia extraordinaria: el que pide se sabe responsable de otros (¡el amigo inoportuno no pide para sí mismo!).

2. “Sepultados con Cristo y resucitados con él”

Col 2,12-14

La segunda lectura expone como el misterio Pascual de Cristo se actualiza en el Bautismo y su poder regenerador se aprovecha mediante la fe.

El texto de hoy se sitúa en la perspectiva de Rm 6, que aborda el tema de la vinculación explícita de bautismo y fe, aunque aporta matices. Pecado y muerte (que es resurrección con Cristo), fe y bautismo, son correlativos. La inserción al misterio de Cristo acontece en el bautismo, pero se funda en que el bautizado *ha creído en la fuerza de Dios que lo resucitó*. A primera vista representa una escatología realizada (*Habéis resucitado con Cristo*) aunque las afirmaciones siguientes se reducen prácticamente a la perspectiva de la escatología futura: haber resucitado significa en realidad vivir en Cristo, como consecuencia de haber obtenido el perdón de los pecados en virtud de la muerte del Señor. En coherencia con su perspectiva cristiana, Pablo añade: el perdón del pecado es liberación de la ley y de su observancia, porque existe una correspondencia entre ley, muerte y pecado (Rm 7,7-9). Aquí la imagen empleada por Pablo alcanza el máximo de expresividad: la ley ha sido clavada en la cruz.

A partir de este texto, los cristianos consideraban la pila bautismal como un sepulcro en el que somos sepultados con Cristo y, por otra parte, como la madre que engendra a la vida: de ahí, el expresivo ritual de la inmersión. Pero el ritual que representa esta muerte y esta resurrección sólo tiene eficacia si es expresión de la fe en Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos.

Evangelio: “Señor, enséñanos a orar”

Lucas 11,1-13:

La catequesis de Jesús sobre la oración tiene dos partes. En la primera enseña la plegaria modélica, el «Padrenuestro»; en la segunda se exponen las condiciones de la oración cristiana: constancia y confianza en la buena disposición de Dios Padre hacia su Hijo.

Lucas ha compuesto un conjunto sobre uno de sus temas preferidos, la oración: la enseñanza del «Padre nuestro», a petición de sus discípulos (vv. 1-4); la parábola del amigo inoportuno que pide pan (vv. 5-8) y, finalmente, su explicación, que invita a la confianza en el Padre del cielo (vv. 9-13). La eficacia de la oración es, pues, la que es ilustrada y experimentada.

San Lucas nos recuerda que en Jesús se da primero la práctica y después la teoría. Los discípulos le piden que les enseñe a orar «como Él» hace. Entonces les regala el Padre Nuestro y una preciosa catequesis sobre la confianza en Dios que ama a los hombres, que se preocupa de ellos, que escucha su plegaria. Lo ilustra con dos ejemplos: el hombre que se presenta a media noche en casa de su amigo para pedir unos panes e insiste hasta que consigue lo que necesita, y el hijo que pide un pez o un huevo a su padre, sabiendo que no recibirá una serpiente o un escorpión en su lugar. E invita a pedir, buscar y llamar, con insistencia y perseverancia. Dios mismo da al que pide y abre al que llama. Literalmente, el texto dice: *«Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá»*. El verbo encontrar está en activo, lo que significa que «nosotros» terminaremos encontrando si perseveramos en la búsqueda. Pero «se os dará» y «se os abrirá» están en pasivo; es una manera de expresión muy común en la Biblia, llamada «pasivo teológico», que indica siempre que Dios hará algo, pero a Él no se le nombra por respeto al Nombre divino, que se consideraba impronunciable. Así que si pedimos y llamamos, «Dios» nos dará y nos abrirá. Por eso es importante saber qué vamos a pedir y dónde vamos a llamar. El Padre conoce lo que necesitamos antes de que se lo digamos, pero es necesario que nosotros tomemos conciencia de nuestras necesidades más profundas; aquéllas que ni nosotros podemos satisfacer ni tampoco nuestro mundo, y que

se resumen en el don del «Espíritu Santo», que debe ser el objeto último de nuestra súplica: «*Cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan*».

HOMILÍA

El evangelista S. Lucas presenta a Jesús orando en los momentos centrales de su vida, y lo muestra como maestro de oración. Tres parábolas tuyas tienen como objetivo poner de relieve la importancia de la oración, entre ellas las del amigo importuno que aparece en el evangelio de hoy.

“Un día estaba él orando en cierto lugar. Cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar”. “Él les dijo: Cuando vayáis a orar, decid: Padre, santificado sea tu nombre; venga tu reino”.

La oración de Jesús comienza con la invocación: *Padre, abba*. Así habló Jesús en la oración a Dios, así pueden también hablar a Dios sus discípulos. Jesús introduce a sus discípulos en su ámbito de intimidad con el Señor. El tiempo de la salvación abre al hombre a esa relación filial: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Santificado sea tu nombre. Estas palabras no son un deseo, sino un ruego. El *nombre* es Dios mismo en cuanto se revela en su obra salvadora. Dios se santifica cuando mediante la revelación de su misericordia se manifiesta como Padre, cuando se revela a los pequeños y los convierte en los privilegiados de su Reino

La petición de que sea santificado su nombre es preparación para esta otra petición: *Venga tu reino*. Es la petición central del padrenuestro. Cuando Dios se posea de su reino quedará vencido Satanás y se habrá consumado el tiempo de la salvación. El «año de gracia del Señor» ha llegado ya, y los discípulos son llamados dichosos porque están viendo lo que con tanta ansia habían aguardado los profetas y los reyes. Sin embargo, Jesús enseña a pedir que venga el reino, porque lo que él ha traído no es sino comienzo y anticipo de lo que ha de venir. El reino vendrá cuando venga Jesús mismo. El ruego de que venga el reino se identifica con el ruego de que venga Jesús. *Marana tha*. “*Ven, Señor Jesús*” (1Cor 16.22).

Danos cada día nuestro pan cotidiano. El pan significa todo lo necesario para la vida en la tierra. Pedimos el pan porque es un don de Dios. El pan cotidiano es el pan necesario para cada día. El discípulo sólo pide lo necesario. «No me des pobreza ni riqueza, dame aquello de que he menester» (Prov 30,8). Cada día: cada día hemos de confesar ante el Padre nuestra necesidad. Debemos orar incesantemente (18,1).

Perdónanos nuestros pecados. Dado que el tiempo de salvación proclamado por Jesús es tiempo de perdón y de misericordia, por eso podemos pronunciar con confianza esta petición. Precisamente en el Evangelio de Lucas, el gozo de Dios en perdonar es un rasgo esencial de la proclamación por Jesús del reino de Dios.

La voluntad de perdonar al hermano es condición de la misericordia de Dios. Los discípulos son tales si están penetrados de la misericordia del Padre. «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (6,36). El que peca contra otro se carga con una deuda que tiene que saldar. Por eso, cuando pedimos perdón de nuestros pecados, añadimos: *pues también nosotros perdonamos a todo el que nos debe*.

No nos dejes caer en la tentación. La tentación es amenaza para la fe, peligro de apostasía. Esta petición brota del conocimiento de nuestra propia debilidad y de la prepotencia del mal. De la seguridad de que Dios vela por nuestra vida por que es “abba”, Dios para nosotros.

Y Jesús les añadió: Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a medianoche para decirle: Amigo, préstame tres panes ... y que el otro desde dentro le responde: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos en la cama; no puedo levantarme para dártelos. Os digo que, aunque no se levante a dárselos por ser amigo suya, se levantará al menos por su importunidad y le dará cuantos necesita.

Un doctor de la ley dice: «El importuno vence al Maligno. ¡cuánto más al Dios todo bondad!» Se ha prometido que será escuchada la oración perseverante y confiada, la oración que no cede aunque no sea escuchada inmediatamente.

Dios es bondadoso: da no sólo lo que se le pide, sino todo lo que se necesita. Pero quiere que se lo pidamos, para que no olvidemos nunca que él es el dador de todo bien.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«Jesús es el Maestro de nuestra oración»(2765)... «Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mimético. Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre» (2766).

«La oración dominical es la oración por excelencia de la Iglesia» (2776).

«La confianza sencilla y fiel, y la seguridad humilde y alegre son las disposiciones propias del que reza el Padre Nuestro» (2797).

TESTIMONIO CRISTIANO

«La oración dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio... Por tanto, cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades, pero comenzando siempre por la oración del Señor, que sigue siendo la oración fundamental» (Tertuliano) (2761).

«Recorred todas las oraciones que hay en las Escrituras, y no creo que podáis encontrar algo que no esté incluido en la oración dominical» (S. Agustín) (2762).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La confiada insistencia de Abrahán cuando intercedía por las ciudades condenadas de Sodoma y Gomorra halló eco en la paciente condescendencia en Dios.

La catequesis de Jesús sobre la oración tiene dos partes. En la primera enseña la

plegaria modélica, el «Padre nuestro»; en la segunda se exponen las condiciones de la oración cristiana: constancia y confianza en la buena disposición de Dios Padre hacia su Hijo. La segunda lectura expone como el misterio Pascual de Cristo se actualiza en el Bautismo y su poder regenerador se aprovecha mediante la fe.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

El «padrenuestro», resumen de todo el Evangelio: 2759-2776.

La respuesta:

Comentario a cada una de las peticiones: 2777-2865.

C. Otras sugerencias

La oración es parte integrante de la vida cristiana, pero ¿Sabemos orar? Jesús enseña a los discípulos a hablar con Dios en espíritu y verdad: el Padre Nuestro, y les exhorta a las actitudes del que ora en verdad.

Revisad la frecuencia en el rezo del Padrenuestro. ¿Se está perdiendo su uso? Revisad la calidad en el rezo del Padrenuestro ¿Es una rutina? Revisad, sobre todo, las disposiciones

interiores en el rezo del Padre nuestro. Glosar algunas de las peticiones del Padrenuestro, según los destinatarios.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

Los textos litúrgicos de este domingo nos enseñan diversos modo de orar. Abraham aparece en la primera lectura como modelo de oración de intercesión por los habitantes de Sodoma. En el evangelio Jesucristo nos enseña con el padrenuestro dos modos de orar: la oración de deseo, en la primera parte, y la oración de súplica en la segunda. El texto de la carta a los colosenses no trata directamente de la oración, pero podríamos decir que ofrece el fundamento de toda oración cristiana, sobre todo de la oración litúrgica, que es el misterio de la muerte y resurrección de Jesucristo. O tal vez se pudiera hablar de la oración que se hace vida, entrega por amor.

MENSAJE DOCTRINAL

La oración de intercesión.

Interceder es unirse a Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres, y participar de alguna manera en su mediación salvífica. En la intercesión, en efecto, el orante no busca su propio interés, sino el de los demás, incluso el de los que le hacen mal. Normalmente se intercede por alguien que está en necesidad, en peligro o en dificultad. Así lo hace Abraham ante la situación de Sodoma y Gomorra, a punto de ser destruidas por su maldad. La de Abraham es una intercesión llena de atrevimiento y osadía para con Dios, pero al mismo tiempo de grandísima humildad. "¡Mira que soy atrevido de interpelar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Supón que los cincuenta justos fallen por cinco, ¿destruirías por los cinco a toda la ciudad?". La oración de intercesión complace a Dios, porque es la propia de un corazón conforme a la misericordia del mismo Dios. Pero la eficacia divina, obtenida por el intercesor, puede encontrar acogida o rechazo en la persona por la que se intercede. Ante la intercesión de Abraham, Dios intercede y salva a

Lot y a sus hijas, pero Sodoma y Gomorra son arrasadas por el fuego.

La oración de deseo.

Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos. Por eso, en el padrenuestro que Jesucristo nos enseñó, el corazón del creyente eleva hasta Dios el deseo ardiente, el ansia del hijo por la gloria del Padre, siguiendo las huellas de Jesucristo. ¿Qué es lo que el cristiano más puede desear en este mundo? El evangelio nos responde: Que sea santificado el nombre de Dios, que venga su Reino. El cristiano desea ardientemente que Dios sea reconocido como santo, como totalmente diferente del mundo, como el totalmente Otro, como el Trascendente que sostiene nuestra libertad y alienta nuestra hambre de trascendencia. El cristiano anhela fuertemente que se establezca el reino y reinado de Dios sobre la tierra, el reino del Mesías que abre las puertas a todos los pueblos y a todas las naciones. ¿Son éstos todos los deseos de los cristianos? Son un compendio, por eso, todos los demás buenos deseos cristianos, para que sean tales, deberán decir relación a uno de ellos dos. Una oración de deseo, al margen de Dios y de su reino, no puede ser cristiana.

La oración de súplica o petición.

En la segunda parte del padrenuestro, pedimos a Dios por las necesidades fundamentales de la existencia humana. Las pedimos no individual, sino comunitariamente. Es la Iglesia en mí y conmigo la que pide a Dios el pan de cada día, el perdón de los pecados, la fuerza ante la tentación para todos los cristianos, para todos los hombres. Son peticiones que se hacen a Dios como Padre, y por ello con total confianza y seguridad de ser escuchados; pero son también peticiones audaces porque pedimos cosas nada fáciles, sobre todo si tenemos en cuenta el misterio de la libertad de Dios y de la libertad del hombre. Son peticiones que "concernen a nuestra vida para alimentarla o para curarla del pecado y se refieren a nuestro combate por la victoria del Bien sobre el Mal" (CIC 2857).

La oración de la vida entregada por amor.

Nuestra oración es paradójicamente también una respuesta, nos dice bellamente el catecismo. Una respuesta a la queja del Dios vivo: "A mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas; respuesta de fe a la promesa gratuita de salvación, respuesta de amor a la sed del Hijo único" (CIC 2561). Es la oración de la vida, de las obras de la fe y del amor, obras diarias unidas misteriosamente al gran orante con la vida que es Jesucristo. En nosotros, dada nuestra miseria, debilidad y limitación humanas, no pocas veces la oración va por un lado y la vida por otro. En Jesús la oración es vida y la vida es oración. Así es como pudo cancelar la nota de cargo que había contra nosotros y clavarla en la cruz, perdonándonos todos nuestros pecados. Jesucristo oró y murió por nuestros pecados, y con su oración y muerte nos alcanzó la vida.

SUGERENCIAS PASTORALES

Dime cómo oras y te diré quién eres.

Hay quienes piensan que el valor del hombre y su identidad se miden por su cuenta bancaria, por su rango social, por su poder sobre los demás, por su saber, por su fama... Más bien habrá que decir que el hombre es lo que ora, vale lo que ora. ¿Oras? ¿Oras de verdad, con todo el alma? ¿Oras mucho, con frecuencia? ¿Oras con oración de deseo, buscando sinceramente a Dios en tu oración? ¿Oras desinteresadamente, por quienes tienen necesidad de Dios, de su misericordia y de su amor? ¿Oras con confianza, con

abandono en el poder y en la sabiduría de Dios que conoce lo que es mejor para los hombres? ¿Oras con un corazón eclesial, abierto a todos? ¿Oras, como Jesucristo, con tu vida hecha oblación por la salvación de los hombres? Si oras, y oras así, eres cristiano auténtico. Si no oras, o si tu oración está desprovista de estas cualidades, tu carné de identidad cristiana está muy maltrecho y desfigurado. Por todo esto, conviene recordar que la familia, la escuela, la parroquia deben ser también y -¿por qué no?- principalmente, escuelas de oración. ¿No nos sucede que enseñamos muchas cosas a los niños, y nos olvidamos quizá de enseñarles a orar?

El "gusto" de orar.

La oración indudablemente no debe ser un capricho, algo que depende del tener o no tener ganas. Pero evidentemente que tampoco debe ser un tormento, algo que hago a disgusto, porque hay una ley de la Iglesia o una costumbre de familia. Orar debe ser algo que me guste, como nos gustan las cosas buenas. Nos gusta hablar con los amigos, ¿hay un mejor amigo que Dios? Nos gusta aprender cosas, ¿hay mejor maestro que el mismo Dios? Nos gusta sentirnos queridos y amados, ¿hay alguien que nos ame y nos quiera más que Dios Nuestro Señor? Este gusto, como muchas veces no es sensible, nos resulta algo más difícil. Como es un gusto espiritual, es un gusto que sólo el Espíritu Santo nos puede regalar. Por tanto, más que esforzarse por gustar la oración, habremos de esforzarnos por pedir al Espíritu el gusto de orar. Él, que conoce el interior de cada hombre, es quien infunde en la intimidad de cada uno este gusto por la oración. ¿Te "gusta" la oración en el recinto secreto de tu corazón, a solas con Dios? ¿Te "gusta" la oración comunitaria, por ejemplo, el rosario en familia o en la Iglesia, y sobre todo la santa misa, oración suprema de la Iglesia al Padre por medio de Jesucristo? Si todavía no lo tienes, descubre el gusto de la oración y pide al Señor que nos lo conceda a todos los cristianos. El gusto de orar es una riqueza para cada cristiano y para toda la Iglesia.

Radio Vaticano

«Pedid y se os dará»

Abraham, el amigo de Dios, intercede ante Él por los habitantes de Sodoma y Gomorra: aquellas dos ciudades amenazadas de destrucción. "¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? –le decía al Señor– Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti hacer tal cosa!" El Señor le contestó: "Si encuentro cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos". Y Abraham siguió insistiendo bajando la cuenta, hasta llegar a diez. Él confiaba en la justicia de Dios y su misericordia; él confiaba en su designio de salvación, y sin embargo no dejó de interceder. Y al Señor le agradó.

Pero mejor que Abraham, mejor que nadie ha rezado y nos ha enseñado a pedir al Padre del cielo el que es, desde siempre, el Hijo de Dios. Hoy viene de orar, y es uno de sus discípulos quien le rogó: "Señor, enséñanos a orar". Y Jesús nos dejó entonces la oración del Padrenuestro, que es reflejo de su oración para todos los que en Él llegan a ser hijos de Dios. En ella nos enseñó a pedir todo lo que necesitamos para vivir. Y, sobre todo, la llegada a nosotros del Reino de Dios. Ya sabemos que Dios conoce nuestras necesidades. Estamos convencidos que, siendo un Padre bueno, nos lo concederá. Y, sin embargo, quiere que se lo pidamos. Sencillamente porque no se trata de lo que Él nos quiere dar, sino de la necesidad que nosotros tenemos de reconocer nuestra limitación; de

la conveniencia de eliminar en nosotros mismos la autosuficiencia; de mantenernos en la verdad de que en Él hemos de apoyarnos.

Es muy sencillo y muy difícil, a la vez. El modo de rezar que Jesús nos enseñó no es complicado, ni agobiante, ni oscuro: es dirigirse con la confianza de un niño al Padre, que sabe pendiente de él. Para pedirle, simplemente, lo que necesitamos para vivir. Pero es difícil en un mundo que cree sólo en sus esfuerzos y posibilidades; es difícil en el seno de una cultura donde el hombre se tiene por el único protagonista de la historia y sus conquistas; es difícil en una sociedad donde sólo se atiende a lo material; es difícil para un hombre habituado a mirar sólo la tierra sin levantar los ojos al cielo; es difícil para los que crecen y viven en un ambiente donde sólo se cree en lo que somos capaces de conseguir con nuestras manos.

Pedid y se os dará, nos dice hoy el Señor. Y nos pone el ejemplo del amigo que pide a otro pan a una hora intempestiva, y que insiste llamando hasta que el otro, por quitárselo de encima, se lo da. Y nos lo compara con el padre que no le da al hijo sino lo que le conviene. Para terminar advirtiéndonos: “Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?”

Sí, hermanos, es esto lo que Dios da, y nadie más: el Espíritu Santo que nos hace falta para estar en comunión con Él; para ser fieles a su voluntad; para lograr todo lo que el hombre puede mejor desear, para él y los demás. No, no bastan nuestras fuerzas; no depende de lo que por nosotros mismos podemos lograr y alcanzar. Se trata de orar para que se cumpla la voluntad de Dios, que es la que salva la ciudad de los hombres. Esa ciudad que se pierde por falta de justicia, como le pasó a Sodoma y Gomorra, aquellas por las que rogó Abraham. Sí, el Señor nos enseñó a pedir de Dios lo que nos hace falta para alcanzar lo que queremos: la paz en la comunión del amor que viene de Dios; el pan que sacie el hambre de todos; la justicia en la dignidad, la libertad en la verdad, la convivencia con ausencia de mal. Y todo eso empieza en el corazón de los hombres que se dejan llevar por el Espíritu que dona Dios.

Es Pablo quien nos advierte hoy que fuimos sepultados con Cristo en el bautismo para resucitar con Él a la vida del Espíritu. Acudamos a la Eucaristía donde pedirlo de nuevo, para llenarnos de Él. Para que no nos olvidemos de rogar cada día al Padre del cielo lo que necesitamos y necesitan todos los hombres para vivir en comunión con Él y según su buen querer.